

NUESTRA SEÑORA DEL DOLORE

John Blackburn

Traducción de Nacho del Arco Bonet

Para Christopher Lee, con mi agradecimiento.

«Jugamos con amores ligeros en el umbral,
y nos estremecemos y cedemos y nos contenemos;
los amores mueren, mas te sabemos inmortal».

ALGERNON CHARLES SWINBURNE
Nuestra Señora del Dolor

Prefacio

—EL ENGENDRO DEL BARRIO DE LOS GORBALS, EN GLASGOW. No está nada mal el titular, Harry. Tiene buen ritmo. —John Forest, editor de noticias en el *Daily Globe*, se inclinó sobre el periódico del día abierto sobre su escritorio—. Y le sigue una buena crónica, muy realista. Estoy moderadamente contento contigo.

—Gracias, John.

Harry Clay estaba agotado. Le dolían los ojos a causa de las lentillas, que no se había cambiado desde que se le rompieron la gafas mientras cubría una manifestación por la paz mundial del Movimiento de Liberación de las Mujeres. Pero las alabanzas le animaron un poco, y es que Forest era un jefe duro y hasta «moderadamente contento» era un gran halago viniendo de él. Los periodistas que generaban cierta animadversión al orondo patrón podían acabar en el paro, o relegados a una de las ediciones locales del periódico: el *Fulham Clarion* o el *South-West London Guardian and Advertiser*.

—Pensé que, como los asesinatos de Glasgow habían sido tan impactantes, el artículo se merecía un enfoque igual de impactante.

—Diste en el clavo, muchacho. —Forest asentía como un enorme Buda de cerámica mientras analizaba el

texto—: «Jamie Macdonald, la bestia que aterrorizó a toda una ciudad, por fin está entre rejas... Las mujeres pueden volver a caminar con tranquilidad y los niños pueden jugar sin miedo a ser agredidos». Así me gusta, esas son las chorradas pretenciosas que les encantan a nuestros lectores. Ay, pobres cabezas de chorlito. Y tu foto tiene buen tamaño también, Harry. Muy favorecedora, de hecho. —Se inclinó y estudió de cerca el porte de su subordinado, un joven desaliñado que llevaba puesta una chaqueta de deporte por encima de un jersey de cuello alto—. Demasiado favorecedora, me atrevería a decir. Esta noche te tendrás que arreglar algo más. Imagino que mi secretaria te ha dado los detalles de tu próximo encargo.

—Me ha dado un pase de prensa para el Teatro Pegasus y me ha dicho que quieres que haga una reseña de la nueva producción de la *Santa Juana* de Shaw. —El entusiasmo de Harry empezó a decaer—. Al principio pensé que se trataba de un error, John. Acabo de volver de Glasgow, por Dios, y ni siquiera soy crítico cultural. Hace años que no piso un teatro y no he vuelto a leer nada de Shaw desde que iba al colegio.

—Entonces un poco de cultura no te vendrá mal, muchacho. Es más bien una cuestión de necesidad. Como suelo decir, y perdóname las formas: «Cuando la necesidad arrecia, al diablo se le aprecia». La mitad de la plantilla ha sucumbido a la maldita epidemia de gripe que arrasa la ciudad y no hay nadie más disponible. —Forest había comido mucho y tarde, y ahora trataba de reprimir un eructo—. Tu ignorancia sobre el tema no debería suponerte ningún inconveniente porque yo, desde

luego, tampoco quiero un análisis académico de la obra. A fin de cuentas, somos un periódico familiar —resaltó sus palabras con cinismo, dando a entender que el *Globe* se dirigía a unos lectores que eran incapaces de leer una columna de opinión a menos que estuviera generosamente intercalada con imágenes y titulares—. Aunque normalmente nuestras páginas están repletas de crímenes, deportes, cotilleos sobre la familia real y ataques a cualquiera que sea el gobierno que se encuentre en el poder, esta noche es una ocasión especial. —Con una mano en forma de aleta, sacó el programa del espectáculo del cajón de su escritorio—. Tras un largo silencio, *dame*¹ Susan Vallance regresa a la luz de los focos en el papel de santa Juana y, como todo el mundo sabe, la señorita Vallance es una de las grandes de los escenarios ingleses. Seguramente estarás de acuerdo en que alguien del *Globe* debe cubrir el evento.

Harry seguía sin decir palabra, por lo que Forest continuó hablando mientras pasaba las páginas del programa:

—En efecto, Susan Vallance es una mujer maravillosa, aunque no muy querida por su público. La gente la considera una engréida y en lo que respecta a sus colegas del gremio... —hizo una pausa y empujó el folleto al otro lado de la mesa— la odian con todo su corazón.

—Me puedo imaginar por qué. —Harry posó la vista sobre una fotografía de la actriz. Aunque ya tenía sus años, seguía siendo extremadamente bella, pero se podía

1 *Dame* es un título honorífico otorgado por la monarquía británica y no equivale exactamente a nuestro «dama». Es el equivalente femenino de *sir*. En ambos casos, se ha preferido mantener la forma inglesa, en minúscula y en cursiva. (*En lo sucesivo, todas las notas al pie son del traductor.*)

entrever en su rostro la arrogancia y la superioridad de la que hablaba Forest—. Tiene pinta de ser de esas que dicen: «Yo tengo razón y tú no. Fin de la historia». Me apuesto lo que sea a que es un peñazo trabajar con ella.

—Bueno, seamos benévolos y digamos que es una perfeccionista, Harry. —Forest se levantó como pudo de la silla y empezó a pasearse por su despacho—. *La belle Vallance* se pone el listón muy alto a sí misma y exige lo mismo de sus compañeros. Tiene a los directores, productores y técnicos atemorizados, y les hace la vida un infierno a sus colegas de reparto si no dan la talla. Una forma algo extraña de hacer amigos. Y estoy seguro de que mucha gente estará encantada si esta noche resulta ser un fracaso.

»Aunque no lo será, por supuesto. —Como tantos otros hombres de su envergadura, Forest tenía la curiosa habilidad de moverse con la agilidad de un gato, deslizándose por la alfombra como si tuviera unas ruedecillas en sus pies—. *Dame* Susan puede ser un hueso duro de roer, alguien que disfruta poniendo en su sitio a los actores principales y haciendo llorar a las actrices más novatas. Pero es una profesional nata y esta noche presenciarás una actuación impecable. Para disgusto de nuestros lectores, claro, que les encantaría ver cómo se cae un icono tan odiado por todos. Así que no te preocupes mucho por la obra en sí, amigo mío. Tú simplemente escribe tu opinión como ciudadano lego, centrándote en el ambiente social del teatro. Focos cegadores y joyas brillantes, la llegada de Lord Broadacres y su encantadora hija, Lady Pamela. No hace falta que te diga qué bobadas tienes que escribir.

—No, tranquilo, después de cuatro años en este perioducho, John, me lo sé de memoria. Pero hay algo que no me termina de cuadrar. —Harry había estado leyendo la nota biográfica que había debajo de la foto—. Parece ser que la última actuación de la señorita Vallance fue en *El mercader de Venecia*, que bajó el telón por última vez hace once meses. Un descanso demasiado largo, ¿no crees?

—Problemas de salud, Harry. Estuvo portentosa en el papel de Porcia y *El mercader* había estado llenando los teatros, pero se desmayó en su camerino justo antes de un pase matinal y ya no pudo continuar. La versión oficial dice que fue un pequeño problema cardíaco, agravado por el exceso de trabajo y un agotamiento nervioso. Pero un pajarito me contó qué fue lo que realmente crispó sus nervios... —El corpulento hombre se detuvo ante la ventana y contempló Fleet Street mientras reflexionaba—: Según me contaron, la señorita Vallance había estado más exigente que nunca a lo largo de la producción y una de sus víctimas decidió dar un golpe sobre la mesa y reclamar su libertad. Algo no demasiado agradable para una señorita, y mucho menos cuando esa señorita descubre que inspira tanto odio. Por desgracia, no pudimos publicar nada al respecto. Mi fuente no presencié la escena de manera directa, sino que se lo había contado la ayudante de camerino de *dame* Susan, que luego se retractó de lo dicho.

—En cualquier caso, me gustaría escuchar la historia, John. —Harry albergaba un escaso interés por el teatro, pero tenía una curiosidad tremenda por el comportamiento humano—. ¿Quieres decir que fue agredida físicamente?

—En cierto modo, sí. Pero nada tan vulgar como un tortazo en la cara o un puñetazo en las tripas, no. Fue ella misma quien se provocó la herida: la señorita Vallance se cortó. Fue tan solo un corte superficial, por fortuna, pero podría haber perdido la vista y el susto habría conmocionado a cualquier persona con un corazón delicado. No, no fue nada agradable, en absoluto. —Forest se giró hacia la ventana y esgrimió una mueca de desagrado—: Alguien introdujo una cuchilla en su maquillaje de ojos.

—Y... ¡terminado!

Habían pasado diez horas, el telón ya se había bajado sobre el escenario de *Santa Juana* y Harry acababa de dictar su artículo por teléfono a la redacción del periódico.

«Una velada teatral para recordar». Harry colgó el auricular, frunció el ceño ante las notas que había tomado y se encendió un cigarro. «[...] Un brillante y majestuoso montaje, honrado por la presencia de la familia real [...]. La llegada de la gran heredera del textil, la antes conocida como Ellen van Grossman, acompañada por su quinto marido [...]. Clive Baxter, el motorista de carrera, con su brazo aún en un cabestrillo [...]. Una tensa anticipación del público a la espera de que se levante el telón».

Harry se acercó a un aparador en el otro lado de su apartamento para servirse un *whisky*. Había sido una noche muy tensa en el teatro y Forest estaba en lo cierto respecto a la mala fama de la señorita Vallance. El vestíbulo del teatro estaba forrado con fotos suyas y

las miradas de desdén por parte del público no habían pasado desapercibidas.

«[...] No podían faltar dos actores nombrados caballeros de la corona, *sir* Roland Lampton y *sir* William (Billy) Backhouse, ambos luciendo moreno y músculo tras su exitosa gira en Australia».

Hasta el momento, todo correcto. Harry se echó un chorrito de soda en el vaso. Escribir esa parte del artículo había sido pan comido, pero la reseña en sí le había dado bastantes quebraderos de cabeza.

«[...] Un espléndido montaje [...]. Unos decorados espectaculares [...]. Un convincente retrato del delfín de Francia de la mano de Peter Stanning [...] gran empaque en la escena del juicio [...]. El tipo de actuación a la que *dame* Susan Vallance nos tiene acostumbrados».

Harry le dio un sorbo a la copa, con una pizca de ansiedad todavía recorriendo su cuerpo. Le gustase o no, había entregado el artículo y no tenía sentido seguir preocupándose, sus palabras iban ya de camino a la imprenta. «Un majestuoso montaje» estaba bien, el presupuesto de la obra lo garantizaba, y los decorados eran, en efecto, «espectaculares». Había podido hablar con Ray Jacques, el crítico del *Daily Blast's*, quien había visto un adelanto de la escenografía, y estaba extasiado.

Pero ¿y las partes sobre la obra y las actuaciones? ¿Era realmente «convincente» Stanning en el papel de delfín? ¿Había conseguido el director otorgar un «gran empaque» a la escena del juicio? ¿La actuación de Vallance tenía la calidad a la que «nos tiene acostumbrados»? Será interesante ver qué dicen en los otros periódicos, pensó Harry, ya que no tenía la más remota

idea de lo que había ocurrido sobre el escenario. Unos minutos antes de que empezara la obra, Harry se había escabullido a tomar el aire tras avistar al doctor Trenton salir por la puerta de artistas y, en ese instante, las instrucciones que le había dado Forest volaron por los aires.

Y es que la vida de Paul Trenton le había interesado profundamente desde el día en que el tipo había puesto un pie en las oficinas del *Globe* con la intención de vender su historia, una historia que le había obsesionado aun antes de que se escribiera su punto y final. La fatídica vida de un cirujano al que le retiran la licencia a causa de una negligencia. Harry se había encargado de escribir, en la sombra, este desolador relato y, al principio, el narrador le había causado incluso simpatía, puesto que, a primera vista, Trenton era un hombre patético. Antes de los dos juicios por daños y perjuicios, y de la audiencia en el Colegio de Médicos, era un hombre regordete de cuarenta y cinco años; pero la tribulación había envejecido su rostro y ahora aparentaba sus buenos sesenta años. Su aspecto demacrado y miserable despertó la compasión de Harry, pero este sentimiento no duró mucho. Rápidamente, se transformó en repugnancia cuando, en la última entrevista, Trenton tuvo un desliz y Harry se dio cuenta de la verdad. Paul Trenton no había sido negligente y no era merecedor de su compasión. Sus acciones habían sido intencionadas y él representaba a una estirpe, insólita por suerte, de seres completamente malvados.

No hubo ningún otro desliz y Trenton seguía teniendo ese aspecto enfermizo y atormentado cuando el *Globe* le pagó su parte y se marchó a vivir al extranjero. Pero de

eso habían pasado dos años ya, y ahora, en el teatro, no parecía tan afligido. Harry tardó un par de segundos en reconocer a ese hombre rechoncho y bien vestido que se alejaba despreocupadamente del Pegasus. Pero una vez que lo reconoció, todo su interés por *Santa Juana* se disipó y regresó la obsesión por el caso. El doctor Trenton estaba de vuelta en Londres y parecía estar viviendo su mejor vida de nuevo. La resurrección del médico podía ser un gran artículo y Harry comenzó a seguir sus pasos con la misma fuerza que los imanes se atraen entre sí.

Cuando escribió el relato de la vida de Trenton, Harry tenía barba y unas gafas de pasta gruesa, por lo que no había peligro en que lo reconociese. Seguir a Trenton no fue una tarea complicada, aunque resultó ser infructuosa y no le dio ninguna pista sobre la vida actual del doctor ni de sus amistades. Trenton compró un periódico vespertino, que leyó mientras bebía dos ginebras rosadas en un bar cercano. Trenton caminó hacia el Soho, deteniéndose ante los escaparates de varias librerías pornográficas, y cenó en un exótico restaurante griego. Trenton se fue del restaurante y curioseó varios escaparates más hasta que, de repente, decidió parar un taxi, el único que había a la vista. Trenton se alejó y Harry se fue a casa a escribir su reseña para el *Globe*. Fue entonces cuando Harry empezó a sentir algo de ansiedad.

Aunque no tenía por qué sentirse así, se recordaba a sí mismo para tranquilizarse. Sus observaciones sobre la obra eran de lo más ambiguas: «Un convincente retrato [...] gran empaque [...] la actuación a la que nos tiene acostumbrados». ¿Quién podía rebatirle estas

afirmaciones? Los lectores del *Globe* no, desde luego. Seguramente se deleitarían con el desfile de brillos, se disgustarían con los cambios de marido de la heredera del textil y se mostrarían encantados de saber que *sir* Roland y *sir* Billy lucen moreno y músculo. Y lo más probable es que ni siquiera leyeran la reseña de la obra y, a no ser que el teatro hubiese ardido esta noche, nadie se daría cuenta de que había abandonado su butaca.

Aun así, no estaría de más hablar con alguien que sí hubiera visto el espectáculo. Llamó a Ray Jacques, que todavía no había vuelto a casa, pero su mujer le prometió que le devolvería la llamada tan pronto como entrara por la puerta. Pero no lo había hecho, y cuando llegó la hora de mandar el periódico a imprenta, no le quedó otra opción que dictar su relato ficcionado.

El teléfono sonó. Ese debía de ser Jacques. Harry dejó su vaso de *whisky* y se apresuró a descolgarlo.

—Harry Clay al aparato. ¿Eres tú, Ray?

—No, querido, soy John. El bueno de John Forest. —La voz del editor sonaba tranquila, pero arrastraba las palabras como si hubiera estado bebiendo profusamente, algo que tampoco era ninguna sorpresa—. Acabo de leer tu artículo, Harry, y me alegra saber que la señorita Vallance estuviera tan brillante como siempre. ¿Has disfrutado de la velada?

—No era más que un trabajo, John —dijo Harry mientras recordaba el desaliento que sintió al ver el taxi de Trenton desaparecer tras una curva—. Espero que te haya gustado mi enfoque.

—Me enorgullece saber que tenemos a un escritor tan ingenioso y creativo en nuestro equipo, Harry, pero tengo

que subrayar que nosotros no publicamos ficción. —El tono amistoso había desaparecido de las palabras de John y Harry se dio cuenta de que estaba tan sobrio como enfadado—. Quizás recuerdes que te comenté que a la gente le encantaría saber que el regreso de la señorita Vallance resultaba ser un fracaso. Pues justo acabo de hablar con alguien que sí vio la obra. Uno de esos que formaban parte del «desfile de brillos» del que hablabas en tu artículo, del que, por cierto, no he podido parar la impresión.

Se detuvo un momento para coger aire antes de seguir:

—Para tu información, la actuación de Vallance fue un fracaso, uno estrepitoso. La pifió con su texto, tuvo que recurrir al apuntador en sus monólogos más extensos y su encanto original se había desvanecido. Susan Vallance parecía una zombi, pero eso no es todo. El público, como protesta, decidió dejar una pausa muy larga entre cada palmada de aplausos cuando la pobre mujer salió a saludar y ahí perdió la compostura. Se acercó al borde del escenario y empezó a insultar a los espectadores. Por resumir, les llamó imbéciles a todos. Tu reseña, como te imaginarás, nos convertirá en el hazmerreír de Fleet Street.

Forest parecía que iba a seguir pegando voces a través del teléfono, por lo que Harry se apartó el aparato de la oreja antes de que este continuase:

—Todos los periódicos de la competencia van a crucificar públicamente a Susan Vallance y tú... tú... —hizo otra pausa mientras reflexionaba sobre el futuro de Harry— tú vas a fabricarte tu propia cruz, muchacho.